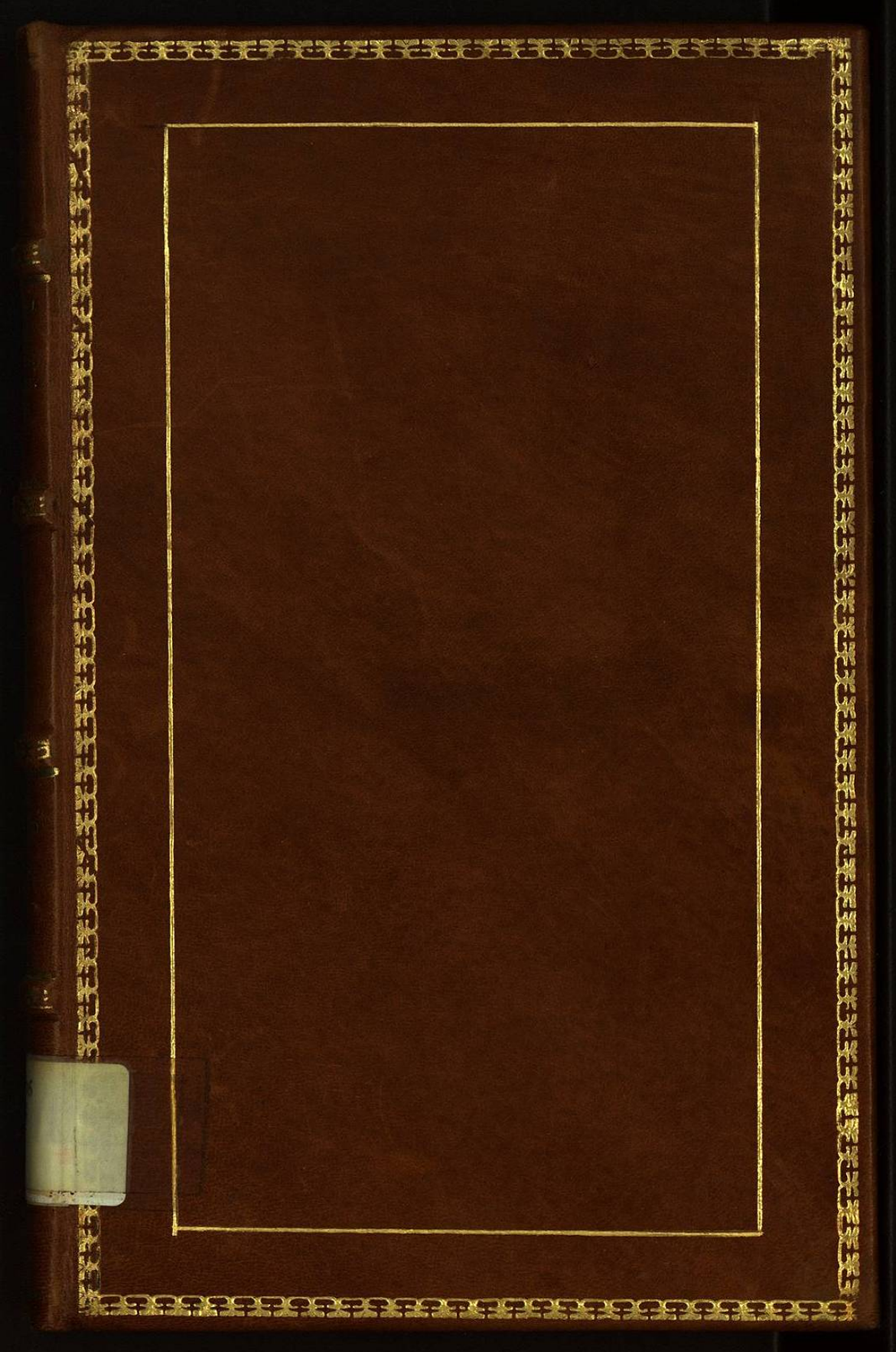






POLOGIA
DEL
CURA D.
SANTA
ANNA



MEXICO

1847



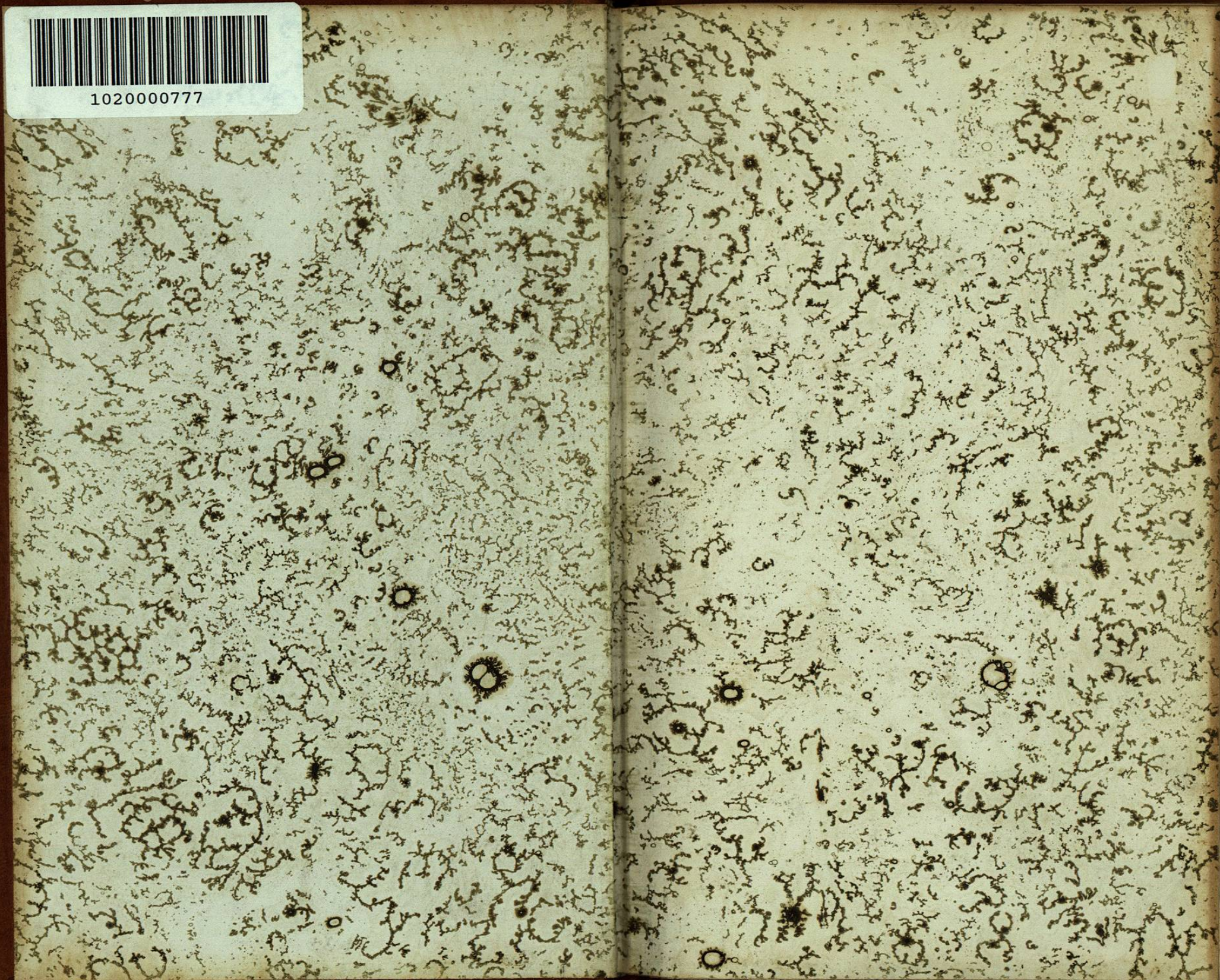
E406

.C4

J5



1020000777

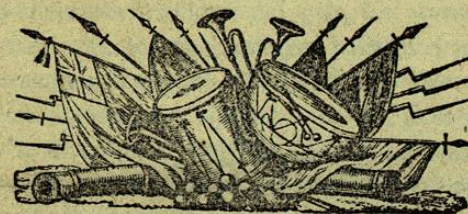


AYUDANTE
DE LA COMISIÓN MILITAR
DEL
GENERAL SANTA ANNA
EN LA GUERRA
DE FERRO-PORTO.



103406

APOLOGÍA
DE LA CONDUCTA MILITAR
DEL
GENERAL SANTA-ANNA
EN LA ACCION
DE CERRO-GORDO.



MEXICO:

IMPRESA DE MARIANO AREVALO, CALLE DEL PUENTE DE
San Dimas n°. 12.

E 406

.CA-

J5



FONDO
FERNANDO DIAZ RAMIREZ



ACCION DE CERRO-GORDO.

VINDICACION AL GENERAL SANTA-ANNA.

LOS enemigos interiores del pais, los agentes secretos de los exteriores, los que trabajan para abrirles las puertas y entregarles la capital y la República toda, no perdonan medio alguno, por criminal que sea, para fomentar y estender la division, la desconfianza y la discordia entre nosotros mismos, bien persuadidos como están y deben estarlo, de que nada puede ser mas favorable á las miras y desig-nios del invasor, que nuestra propia desunion, peor mil veces que cuantos desastres fisicos suframos en los combates. De aquí el empeño y la mala fe con que presentan al público sus relaciones de los sucesos de la guerra, desfigurándolos y dándoles los coloridos mas sospechosos, con el depravado objeto de atribuir, no solo á errores involuntarios, sino hasta á traiciones, las desgracias de nuestro ejército, ya en el Norte, ya en el Oriente. Con igual fin han procurado y procuran desconceptuar y desprestigiar al general

Santa-Anna, como que saben que es el enemigo á quien mas temen los norte-americanos, y que quitado del medio, ú al menos separado de toda intervencion en las cosas públicas, verán removido el principal obstáculo que hasta aquí han encontrado en toda su carrera, emprendida para dominar el pais, esquilmarlo y destruirlo. Fijos sus agentes interiores en esta idea, han publicado varios folletos, pintando como una pérdida para nosotros, el verdadero triunfo que obtuvimos en las acciones de la Angostura: hoy hacen otro tanto con respecto á las del Telégrafo y Cerro-gordo; y al hablar de unas y otras, censuran la conducta del general en jefe, en términos tan agrios y con tanta imputacion de desaciertos, descuidos, imprevisiones &c. &c., que solo falta que clara y espresamente lo acusen de traidor.

El editorial del número 58 del Boletín de la democracia, (cuyos autores son bien conocidos) está lleno de esa clase de cargos contra el general Santa-Anna, á quien se culpa de la pérdida de Cerro-gordo, diciendo que toda aquella desgracia provino de falta de prevision en los principios, de acierto, tino y oportunidad al tiempo del ataque, de malas disposiciones dadas para este: se deja entender que sacrificó inútilmente una gran parte de la fuerza; y hasta se le reconviene porque despues de la derrota no ha obrado el prodigio de improvisar un nuevo ejército, como si nos hallásemos en Francia y en los tiempos de la convencion. No es menester mas que leer con un poco de detenimiento, el referido editorial, para penetrar la profundidad y la mala fe del designio que llevaban sus autores al escribirlo. — ¡Hombres injustos! vuestras calumnias bastan para descubrir vuestra parcialidad y vuestras insanas intenciones.

Sin apelar á las noticias y documentos que ha publicado el Diario del Gobierno, y aun otros periódicos, el Republicano (que no podrá ser tachado de adhesion al Sr. Santa-Anna en el remitido con que concluye su número 115, de 23 del corriente, da una idea clara de todo lo ocurrido en aquella accion: desvanece las temerarias imputaciones de

los enemigos del general; y pintando la conducta del invasor, su táctica, su superioridad numérica, las ventajas de su artillería, y todo lo que contribuyó á facilitarle el triunfo, demuestra de un modo evidente, que nuestra pérdida fué obra de una desgracia inevitable.

En efecto, nuestra posicion era bien elegida: se hallaba fortificada lo mejor que permitian las circunstancias: estaban cubiertos los flancos, y previsto todo lo que en un regular orden y en la táctica mas usual de la guerra, era de preveer. Verdad es que no se contaba con la rara, atrevida é inesperada operacion del enemigo, que en la noche del 17 al 18, y á fuerza de grandes trabajos, rompió los bosques, atravesó una barranca hasta entonces intransitable, y tomando por retaguardia la posicion que ocupaba el grueso principal de nuestro ejército, lo sorprendió al tiempo de la accion, pudo generalizar sus ataques por todas partes, y dejó cortada la infantería, artillería y aun parte de la caballería. Se pretende (juzgando por los resultados) que el general debió preveer este riesgo; pero este argumento tiene dos soluciones poderosas: 1.^a que á pesar de la opinion antiquísima, comprobada con la esperiencia de todo el tiempo de la guerra de 1810 á 1821, de que el camino por donde ahora nos flanqueó el enemigo, era intransitable, el general no lo descuidó, pues para cubrir su entrada mandó situar la mayor parte de la caballería en la boca de la barranca, y si esta fuerza no llenó el objeto de su destino, su falta no debe imputarse al jefe principal. No se trata ahora de entrar al exámen y calificación de la conducta del jefe ó jefes que mandaban la caballería: el hecho es que quedó descubierto el punto que aquella fuerza guardaba, y esto es mas que suficiente para justificar al Sr. Santa-Anna. Sirva de 2.^a solucion un hecho histórico reciente, cual es el del paso de Bonaparte por el gran San Bernardo, ejecutado tambien de noche, con tal silencio, viveza y diligencia, que el general austriaco, á quien se engañó con tan diestra operacion, decia al dia siguiente, antes de saber el suceso: “que respon-

dia con su vida, de que por allí no había pasado la artillería francesa." Y si esto era en Europa, en medio de una guerra de tantos años, y entre los generales mas sabios y espertos, ¿por qué sería extraño que á nosotros nos acaeciesen lances idénticos? Los hombres no somos Dioses.

Pues aun hay mas, y es: que á pesar de esa tan inesperada sorpresa, de las ventajas del enemigo y de su incomparable superioridad numérica, la fuerza nuestra que se hallaba en el cerro, peleó con bizarría y hasta con desesperacion, siendo prueba de ello la gran mortandad que hubo por ambas partes, y la duracion de la lucha, que fué sostenida por cosa de siete á ocho horas, entre tan desiguales combatientes. Estos son hechos en que están de acuerdo todas las noticias oficiales y privadas, que se tienen de esa jornada memorable, que si ha sido funesta á nuestra causa, siempre es gloriosa para los valientes que en ella sostuvieron y conservaron el honor de nuestras armas. Ahora, si no todos los gefes cumplieron sus deberes: si hubo cobardes ó traidores que diesen las voces desorganizadoras de "el enemigo ha salido al camino," "sálvese quien pueda," y otras semejantes ¿qué culpa tiene en ello el general en jefe? Que él peleó con valor; que no abandonó el punto, sino cuando se vió casi solo; que animaba al soldado; que procuró con el mayor empeño contener la dispersion; y que si se salvó por las barrancas, corriendo mil peligros, fué casi por un prodigio: todos estos son tambien hechos constantes en todas las relaciones, y que no se atreverán á negar ni los enemigos mismos del general. ¿Qué mas, pues, se queria de él? ¿Será el solo hombre que deba considerarse obligado á ganar siempre, á dominar á la fortuna, á hacer milagros?

Lo culpaba tambien el Boletín, por su silencio despues de la desgracia del 18; mas este cargo ya se halla desvanecido con las comunicaciones del 22 que han publicado casi todos los periódicos. Ellas acreditan que su primer cuidado fué escribir cuando pudo: cuando despues de cuatro dias y noches de caminar por montes, barrancas y despoblados,

pudo llegar á Orizava, no sin graves peligros. Y que indican sus comunicaciones? No el desaliento, la cobardía ni el egoismo: por el contrario, su constante y generosa resolucion de seguir en la lid, hasta salvar la patria, ó perecer en la demanda. Lejos de correr hasta la capital, como otros lo han hecho, él permanece donde puede continuar hostilizando al enemigo; y se admira y se horroriza de la especie de inaccion y apatía que observa en los pueblos: él pide los elementos y recursos necesarios para llevar adelante la guerra: él hace por reanimar y revivir el espíritu público: él, sin saber lo que pasaba en Mexico, piensa, siente y obra en consonancia con las ideas y con los firmes propósitos de la representacion nacional y del Supremo Gobierno: guerra hasta el fin: nada de transigir, nada de dejar manchado el decoro y dignidad de la nacion. ¡Oh! si todos los mexicanos nos hallásemos en igual sentido, con igual decision, con igual entusiasmo y patriotismo ¿qué poder, por formidable que fuese, alcanzaria sobre nosotros ni el mas pequeño triunfo?

El general Santa-Anna habrá cometido errores, porque es hombre como todos, sujeto á la falibilidad y al desacierto; pero sus desgracias y las del pais, no son obra de culpas suyas: su intencion ha sido siempre la de sacrificarse por su patria, de servirla, defenderla y hacerla feliz. ¿Quién nos salvó en 1829, en 1838 y en otras épocas demasiado memorables? ¿Quién perdió una parte importante de su cuerpo en la guerra con los franceses? Quién se sacrificó en fines de 44 y principios de 45, abrazando voluntariamente el partido de espatriarse, por no derramar sangre mexicana, como lo hiciera en 1823 el héroe de Iguala? ¿Quién dejó el asilo quieto del retiro, abandonando su familia, sus comodidades, los honores y los placeres domésticos de que gozaba en la Habana, por venir á servir á la patria en una guerra tan comprometida y peligrosa? ¿Quién al volver á la República rehusó la primera magistratura por ir á ponerse al frente del enemigo? ¿Quién se encargó de esta arriesgada

y difícil empresa, con una fuerza en su mayor parte bisoña, desnuda y hambrienta, sin caja militar, y sin los otros recursos necesarios para una campaña? ¿Quién hizo el nuevo sacrificio de venir á encargarse del mando en la agonía de la nacion, por poner un saludable y decoroso término á las disensiones interiores? ¿Quién vuelve á dejar ese elevado puesto, por volar otra vez á tomar sobre sus hombros la defensa de la capital y de todo el pais? ¿Quién ha aventurado su fortuna y su crédito por atender á la subsistencia del ejercito, y cubrir en lo posible las faltas del erario público? ¿Quién el que posponiendo su propio interes, su honor y su reposo, de que pudiera disfrutar en la vida privada, y sufriendo con heroica resignacion los tiros de la maledicencia, de la envidia y de gratuitas enemistades, se consagra todo y en todos tiempos y circunstancias al servicio de la nacion? ¿Quién, por último, ha dado tantas y tan repetidas pruebas de verdadero patriotismo?

¡Mexicanos! sed justos; no os dejeis engañar por hombres perversos y mal intencionados; reflexionad que algunos de esos escritores que hoy se empeñan en estraviar vuestra opinion, en desconceputar y deprimir á nuestro benemérito Presidente interino, se le han vendido por amigos, lo han adulado en los tiempos de su prosperidad, y se declaran sus enemigos en la desgracia. Examinad bien los hechos, comparad, juzgad con detenimiento é imparcialidad; y es seguro que vuestro fallo será el de la gratitud debida á uno de los mejores servidores que nuestra sociedad ha tenido, antes y despues de la independencia.

Mexico, Abril 24 de 1847.

Manuel María Jimenez.



